

JAVIER DÍAZ MALLEDO

Elogio de la libertad

El libro Civilización y barbarie en la Europa del Siglo XX (Ed. Planeta, Barcelona 1997), del conocido hispanista Gabriel Jackson, constituye un balance de la realidad europea, considerada desde principios del siglo XX hasta 1990. El autor toma como punto de partida de su análisis la paradoja de la coexistencia de guerras y tiranías (la "barbarie"), por una parte, y de avances significativos en el campo del arte, la ciencia y la política social (la "civilización"), por la otra. Partiendo de una profunda revisión de ambas facetas de la paradoja, el autor se interroga acerca de las posibilidades de que se generalice una ética secular humanista que sea capaz, a la vez, de contener la barbarie y de potenciar la civilización.

Javier Díaz Malledo es economista.

A los lectores españoles interesados por la historia de nuestro país les resultará familiar la figura del hispanista Gabriel Jackson, sobre todo a partir de mediados de los años setenta cuando, superadas por fin las barreras de la censura, pudo publicarse en España su magna obra *La República española y la guerra civil, 1931-1939* (Ed. Crítica, 1976). Este libro, del que se han hecho numerosas ediciones posteriores, fue considerado entonces como la síntesis más equilibrada y penetrante de la historia de España en ese atormentado periodo. Pese al tiempo transcurrido y a las valiosas aportaciones historiográficas más recientes de otros autores, conserva aún hoy gran parte de su atractivo original.

Otros trabajos suyos han aparecido en castellano, en particular el breve compendio *Introducción a la España medieval* (Alianza Ed., 1974) y su *Historia de un historiador* (Ed. Anaya & Mario Muchnik, 1993). En este último libro, además de reflexionar acerca de su oficio y de su concepción de la ciencia histórica y sus métodos, el autor narra las peripecias en la elaboración de *La República...* y detalla las numerosas entrevistas que realizó al efecto con destacados supervivientes de ambos bandos. A quienes no hayan tenido ocasión de saborear en su día la obra clásica de Jackson y se animasen a hacerlo ahora, les aprovechará complementar la lectura de aquélla con la de esta *Historia...*, tan reveladora

de la pasión del hispanista. Una pasión que le ha llevado, tras su jubilación como catedrático de la Universidad de California, a establecerse en Barcelona y a participar regularmente (desde las columnas de *El País* y con la ponderación y objetividad que le son propias) en debates que conciernen a la sociedad española.

El objeto de estudio del libro que aquí se comenta no es la realidad española, que tan bien conoce Jackson, sino la de Europa en general, desde principios del siglo hasta 1990, sin perjuicio de las obligadas referencias a España (véase especialmente pp. 115-120 y 213-223). Al igual que otros historiadores como Giovanni Arrighi,¹ o el eminente Eric Hobsbawm,² Jackson ha sentido, al término del siglo, la necesidad de hacer un balance, prefiriendo ceñirse en su caso al viejo continente. Su punto de partida es lo que percibe como una inquietante paradoja: la coexistencia en la presente centuria de guerras archidestructoras y tiranías políticas de inaudita crueldad (la "barbarie"), y de enormes avances científicos, innovaciones artísticas decisivas y alentadores logros en el terreno de la política social (la "civilización").

En el plano de la barbarie no puede negarse que, incluso limitándonos a Europa, el horror ha alcanzado en el siglo XX cotas difícilmente superables. Casi desde los comienzos del mismo y bajo la superficie de una próspera y aparentemente tranquila *Belle Époque*, iban fraguando los elementos (estrechas alianzas defensivas, ambiciones balcánicas de los imperios austríaco y ruso, belicosidad de algunas élites militares, influencia del "darwinismo social", etc.) que desembocaron en la Gran Guerra de 1914-1918, una atroz carnicería en la que murieron en combate diez millones de personas, resultaron gravemente heridas veinte millones más, contándose los huérfanos por millones. El afán de destrucción sistemática exhibido por el ejército alemán repercutió en el carácter vindicativo del Tratado de Versalles que puso fin al conflicto.

Con todo, los desastres de esa guerra palidecieron al lado de los generados por el nuevo estallido que ensangrentó Europa entre 1939 y 1945. El terreno para la Segunda Guerra Mundial fue abonado por las secuelas del Tratado de Versalles en Alemania, el ascenso de los fascismos en los años veinte y treinta (en parte como reacción al eco que la Revolución Rusa despertaba en Occidente) y la *debacle* económica de 1929. La victoria electoral de los nazis en 1933 lanzó definitivamente a la Alemania hitleriana al rearme masivo y a la búsqueda de "espacio vital" mediante ocupaciones de los Estados vecinos, sin que la vergonzosa política de apaciguamiento de las potencias democráticas sirviera para calmar el apetito expansionista del *Führer*.

La Segunda Guerra Mundial, mucho más letal que la precedente (entre 30 y 40 millones de víctimas mortales, además de 26 millones de personas desplazadas), fue una "guerra total", en la que desapareció cualquier rastro de escrúpulo por limitarla a los combatientes. A no dudarlo, las responsabilidades por esta des-

¹ *The Long Twentieth Century*, Verso, 1994.

² *Age of Extremes: The Short Twentieth Century*, Michael Joseph, 1994. Hay traducción española (Ed. Crítica).

humanización empiezan con la implacable *Blitzkrieg* de los alemanes y la represión subsiguiente, pero también alcanzan a prácticas de los Aliados, como los bombardeos “de saturación”, en concreto el de la ciudad de Dresde en febrero de 1945, cuando ya era obvio que la guerra tocaba a su fin. Esas prácticas, según nuestro historiador, prepararon “la vía moral (o más bien inmoral) para el uso de la bomba atómica en 1945” (p. 243).

La utilización sorpresiva de la bomba por EE UU en 1945 contra dos pobladas ciudades japonesas supuso un paso más en los horrores de la presente centuria. Las justificaciones oficiales siguen sin dejar satisfecho a Jackson, cuya activa preocupación por el riesgo nuclear no ha cesado desde aquella fecha. El gobierno estadounidense, por razones que siguen siendo discutidas, optó por no seguir la recomendación de algunos científicos atómicos (probar el artefacto en una zona deshabitada en presencia de observadores extranjeros) y ni siquiera dio al gobierno japonés la oportunidad de reconsiderar su beligerancia tras la bomba de Hiroshima, arrojando, apenas tres días después, la segunda sobre Nagasaki. Jackson juzga muy severamente la acción del gobierno de su país, que “con el lanzamiento de las bombas atómicas (...) redujo la diferencia entre fascismo y democracia”.

Un aspecto particularmente brutal de las atrocidades del siglo XX está representado por las humillaciones infligidas a las poblaciones civiles (en ocasiones, su total aniquilación) en las vastas áreas sojuzgadas por los nazis. Mención aparte merece el tratamiento dispensado a los judíos europeos, a cuyo sistemático exterminio se dedicaron Hitler y sus secuaces con celo y frialdad más que inhumanos. En unas páginas muy equilibradas, Jackson elucida la responsabilidad de personas e instituciones (incluyendo la Iglesia Católica) en tan ominosa matanza, sin perjuicio de resaltar las actitudes generosas e incluso heroicas que en algunos casos se dieron.

Para el período posterior a la Segunda Guerra el autor dedica sendos capítulos a las vicisitudes del Imperio Soviético hasta su liquidación, y a numerosos episodios de la Guerra Fría (1947-1989), en un contexto en el que los habitantes de Europa Oriental y la URSS se vieron privados durante lustros de las libertades básicas de expresión, reunión, asociación y movimiento, y en el que los disidentes de toda laya sufrieron crueles internamientos en campos de trabajo o en hospitales psiquiátricos, cuando no el criminal rigor de las “purgas”.

Sin perder de vista tantas monstruosidades, no es menos cierto que en el plano de la civilización se han registrado en el siglo actual progresos extraordinarios, que Jackson expone distinguiendo dos etapas: la que va de comienzos de siglo hasta la Segunda Guerra Mundial, y la que se extiende desde entonces hasta 1990.

En la primera de ellas, en el ámbito científico, se sentaron las bases de la genética, pero fue especialmente pródiga en descubrimientos en física, hasta el punto de que cabe hablar de una física enteramente nueva (centrada en los fenómenos atómicos y subatómicos) cuya evolución sintetiza magistralmente el autor (pp. 134-151). Esta primera etapa abundó también en innovaciones considerables en las bellas artes (con el rechazo de las normas clásicas del diseño, la perspectiva, la proporción y el color) y en la música (donde se prescindió de la tonalidad y la armonía convencionales). Con respecto a estas últimas, Jackson (quien además

*Jackson juzga
muy
severamente
la acción del
gobierno de
su país, que
“con el
lanzamiento
de las bombas
atómicas (...)
redujo la
diferencia
entre
fascismo y
democracia”.*

es profesor de música y autor de una breve biografía de Mozart) sostiene que la música clásica es una de las grandes contribuciones de Europa a la civilización mundial. A este período corresponde, asimismo, el nacimiento del gran arte propio del siglo XX: el cine.

En la segunda etapa, los descubrimientos científicos revolucionarios pasan de la física a la biología, produciéndose los avances más destacados en la genética, la biología molecular y evolutiva y las ciencias neurológicas, así como en sus aplicaciones médicas e industriales. Para Jackson, algunos de estos avances en las ciencias de la vida junto con los registrados en la física cuántica apuntan a “un universo sin ningún propósito discernible”, y sin otra moralidad que la que nos demos nosotros mismos (p. 358). En el clima intelectual de esta segunda etapa (que ejemplifica en la personalidad y la obra de autores como Sartre, Heidegger, Wittgenstein o Foucault), son patentes para el autor la desazón y la desesperanza derivadas de los terribles acontecimientos del siglo.

Sin embargo, no hay por qué sucumbir al pesimismo. Pese a tantas desgracias, en el largo período de próspera recuperación de la posguerra y sin perjuicio de la inflexión sufrida tras las crisis del petróleo de 1973 y 1979, los países de Europa Occidental han sido capaces de organizarse de modo tal que sus habitantes han podido gozar en este tiempo de “mayor libertad personal y seguridad económica, de más oportunidades de educación y tiempo de ocio que ninguna sociedad anterior”. Con toda justicia, Jackson atribuye gran parte de estos éxitos al establecimiento del llamado Estado de Bienestar, un logro de la civilización del que es un defensor ardiente y al que considera que no se puede renunciar simplemente “porque haya números rojos”. Como ha señalado hace poco el economista estadounidense Paul Krugman, el Estado de Bienestar es “el acuerdo social más útil que se haya inventado hasta la fecha”.

En sus reflexiones finales, Jackson se interroga sobre las posibilidades de que en el futuro una ética secular humanista (al modo de la que él profesa) pueda generalizarse lo suficiente como para asegurar que el firme respeto a la vida humana constituya un principio de aceptación universal, para evitar así la repetición de comportamientos tan execrables.

Dejando en el aire esta última cuestión, Jackson concluye su muy recomendable libro extrayendo lo que él llama una lección positiva y otra negativa. La primera se resume en un elogio de las libertades políticas, los gobiernos constitucionales y la tolerancia (acompañados de una economía de mercado convenientemente corregida), como mecanismos de prevención de los desafueros totalitarios. La segunda se cifra en el rechazo decidido de toda forma de “darwinismo social” y su cortejo de prejuicios nacionalistas, religiosos o étnicos, infecciosos virus que (como muestran con especial crudeza los recientes conflictos en los Balcanes) no han desaparecido de Europa.